

Experimentos etnográficos y comprensiones no deterministas de la violencia en el trabajo de Myriam Jimeno y de su grupo de investigación

Ethnographic Experiments and Non-Deterministic Understandings of Violence in the Work of Myriam Jimeno and Her Research Group

Experimentos Etnográficos e Compreensões Não Deterministas da Violência na Obra de Myriam Jimeno e de Seu Grupo de Pesquisa

Daniel Varela¹

Resumen

Este artículo examina los aportes de la antropóloga colombiana Myriam Jimeno y del Grupo Conflicto Social y Violencia a la construcción de una perspectiva no determinista para el estudio de la violencia en Colombia. Se argumenta que una de las contribuciones centrales de este programa de investigación consiste en comprender la violencia como una experiencia situada en contextos específicos de relaciones sociales y significados culturales, en contraste con enfoques orientados a identificar causas estructurales o mecanismos predictivos. A partir de una revisión de investigaciones desarrolladas por estudiantes e integrantes del grupo, se muestra cómo la etnografía ha permitido analizar los procesos mediante los cuales víctimas, perpetradores y otros actores sociales interpretan, narran y responden a experiencias de violencia.

El texto destaca la etnografía como espacio de experimentación analítica para explorar las articulaciones entre acciones, marcos cognitivos y emociones. Esta propuesta se ilustra mediante dos investigaciones: el proceso de recomposición comunitaria de la comunidad nasa Kitek Kiwe tras la masacre del Naya y el estudio de la crisis minera y la desindustrialización en Andagoya, Chocó.

¹ Estudiante doctoral en antropología e historia, Universidad de Michigan. Correo: dvarela@umich.edu.

Ambos casos evidencian que las respuestas a la violencia emergen de complejas interacciones entre significados culturales, afectos y prácticas sociales, abriendo nuevas comprensiones sobre la resistencia, la reconstrucción colectiva y el reconocimiento social.

Palabras clave: Violencia, etnografía, emociones, narrativas, antropología de la violencia.

Abstract

This article examines the contributions of the Colombian anthropologist Myriam Jimeno and the Social Conflict and Violence Research Group to the development of a non-deterministic approach to the study of violence in Colombia. It argues that one of the central contributions of this research program lies in understanding violence as an experience embedded in specific contexts of social relationships and cultural meanings, in contrast to approaches focused on identifying structural causes or predictive mechanisms. Drawing on a review of studies conducted by students and members of the group, the article shows how ethnography has enabled the analysis of the ways in which victims, perpetrators, and other social actors interpret, narrate, and respond to experiences of violence.

The text highlights ethnography as a space for analytical experimentation through which the articulations among actions, cognitive frameworks, and emotions can be explored. This perspective is illustrated through two research cases: the process of community reconstruction undertaken by the Nasa community of Kitek Kiwe after the Naya massacre, and the study of mining decline and deindustrialization in Andagoya, Chocó. Both cases demonstrate that responses to violence emerge from complex interactions among cultural meanings, affects, and social practices, opening new avenues for understanding resistance, collective reconstruction, and social recognition.

Keywords: Violence, ethnography, emotions, narratives, anthropology of violence.

Resumo

Este artigo examina as contribuições da antropóloga colombiana Myriam Jimeno e do Grupo Conflito Social e Violência para a construção de uma perspectiva não determinista sobre o estudo da violência na Colômbia. Argumenta-se que uma das contribuições centrais desse programa de pesquisa consiste em compreender a violência como uma experiência situada em contextos específicos de relações sociais e significados culturais, em contraste com abordagens voltadas para a identificação de causas estruturais ou mecanismos preditivos. A partir de uma revisão de pesquisas desenvolvidas por estudantes e integrantes do grupo, o artigo demonstra como a etnografia tem possibilitado analisar os processos pelos quais vítimas, perpetradores e outros atores sociais interpretam, narram e respondem a experiências de violência.

O texto destaca a etnografia como um espaço de experimentação analítica para explorar as articulações entre ações, quadros cognitivos e emoções. Essa proposta é ilustrada por meio de duas pesquisas: o processo de recomposição comunitária da comunidade Nasa de Kitek Kiwe após o massacre do Naya e o estudo da crise mineradora e da desindustrialização em Andagoya, Chocó. Ambos os casos evidenciam que as respostas à violência emergem de interações complexas entre significados culturais, afetos e práticas sociais, abrindo novas possibilidades para compreender a resistência, a reconstrução coletiva e o reconhecimento social.

Palavras-chave: Violência, etnografia, emoções, narrativas, antropologia da violência.

Introducción

Desde la década de 1990, Myriam Jimeno y su Grupo Conflicto Social y Violencia (GCSV), se han empeñado en construir un camino metodológico propio para investigar actos de agresión y violencia en Colombia. En este texto destaco dos elementos que han marcado ese camino y sus contribuciones académicas: el énfasis en una comprensión no determinista de la violencia y la etnografía como marca distintiva de su quehacer investigativo. Estos dos elementos pueden rastrearse no solo en la obra de Myriam, sino también en la influencia que su trabajo, su programa de investigación y su labor docente han ejercido en varias generaciones de estudiantes de antropología y en miembros de su grupo de investigación de la Universidad Nacional de Colombia, entre quienes me incluyo.

Para Myriam y el GCSV, la violencia ocurre dentro de redes concretas de relaciones sociales y de significados culturales. Quien la ejerce lo hace con intenciones claras y es consciente de dos cosas. Primero, el agresor no solo busca impactar a la víctima directa, sino también a otros sujetos interconectados, constriñendo o debilitando esa trama social. Segundo, el perpetrador también pretende comunicar un mensaje a esa red, inscribiendo la violencia en un campo semántico en el que participan todos los actores. Quien sufre el acto de violencia responde a ella utilizando, transformando y resignificando los recursos que ofrece la misma trama de relaciones sociales y de referentes semánticos sobre los que el perpetrador actúa.

Esta aproximación se aleja de las perspectivas deterministas, interesadas en describir estructuras psíquicas y sociales patológicas en las que la violencia puede predecirse como síntoma o como respuesta automática a impulsos. Para Myriam y su grupo, la violencia es más bien parte de experiencias humanas que ocurren en contextos que motivan y dan sentido tanto a la acción violenta como a sus respuestas. Conocer esos contextos es importante, si bien no para predecir un hecho violento, sí para comprenderlo, conocer las respuestas que los actores crean para enfrentar este hecho, y alimentar dichas respuestas en un marco de justicia y democracia.

La etnografía, entendida como la aproximación crítica y reflexiva al punto de vista de los actores sociales, ha sido el método privilegiado por Myriam y su grupo para acercarse a experiencias de violencia y comprenderlas en sus contextos de significado y en sus redes de relaciones sociales. En sus trabajos de campo y textos académicos, los y las investigadoras del GCSV experimentan con diversas maneras de articular los marcos cognitivos que los sujetos utilizan para interpretar la violencia con las prácticas sociales para movilizarse, responder y dar forma al mundo donde la violencia ocurre o deja de ocurrir. Más allá de los sujetos de estudio observados, de los problemas y preguntas de investigación particulares, de los resultados a los que ella y su grupo han llegado, e incluso, de las adscripciones disciplinares, sus estudiantes y co-investigadoras(es) coincidimos en la centralidad del trabajo etnográfico para estudiar la agresión como forma de resolución de conflictos y sus imbricaciones en la trama cultural que ha soportado la historia y la vida social del país.

Una aproximación no determinista a la violencia en Colombia

Durante la segunda mitad del siglo XX, el campo de estudios de la violencia en Colombia optó principalmente por una perspectiva estructuralista, a menudo enfocada en develar las

“causas objetivas” que llevaban a la sociedad colombiana a optar por acciones violentas para resolver sus conflictos. Este campo también buscó señalar y estudiar los eventos de agresión tanto como determinados como determinantes de la configuración de estructuras de desigualdad y de exclusión social que reproducían espirales de violencia en el país (Comisión de Estudios sobre la Violencia, 1987; Ortiz, 1994). La pregunta de Myriam Jimeno sobre la relación compleja entre cultura y violencia le permitió innovar en una aproximación no determinista para comprender este fenómeno en el país desde la década de 1990. Su impulso por estudiar etnográficamente esta relación le dio, además, un marco metodológico coherente (Jimeno *et al.*, 1996; Jimeno *et al.*, 1998; Jimeno, 2004; Jimeno *et al.*, 2015; Jimeno, 2019). Finalmente, su trabajo en el Departamento de Antropología y en el Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional garantizó que varias generaciones de estudiantes e investigadoras(es) nos formáramos en este paradigma.

La serie editorial de tres volúmenes titulada *Etnografías contemporáneas* recoge buena parte de las investigaciones de pregrado y posgrado de estudiantes orientadas y orientados por Myriam en la Universidad Nacional durante las dos primeras décadas del siglo XXI (ver Góngora *et al.*, 2003; Jimeno *et al.*, 2012; 2016). En los capítulos que integran esta compilación, los autores examinan los significados de las experiencias de violencia en diferentes contextos y para distintos actores sociales. Estos estudios no solo se han centrado en la perspectiva de las víctimas y de los victimarios. También se han preguntado por otros actores que adoptan una posición frente a estos actos y contribuyen a construir una interpretación social de estos. En las páginas de esta colección aparecen jueces, testigos, intelectuales, profesionales médicos y terapeutas, activistas, artistas, militares, funcionarios estatales, políticos y asesores de política pública, así como habitantes de las regiones o de los barrios donde la violencia, sus respuestas y resistencias tienen lugar.

Al seguir el modelo no determinista propuesto por Myriam para aproximarse a la violencia, sus estudiantes se han detenido a observar la diversidad de actores que confluyen alrededor de un hecho y la manera en que relatan sus experiencias. Esto les ha permitido describir campos intersubjetivos en los que la violencia no solo ocurre, sino que también es interpretada y reinterpretada en distintos momentos y de acuerdo con contextos dinámicos de valoración. Así, estos trabajos ponen mayor énfasis en el significado de las violencias como vivencias rememoradas y narradas a través de diversos recursos culturales, más que en la explicación de sus causalidades y determinantes, o de su predicción.

Por ejemplo, María Jimena López (2012) indagó en la manera en que excombatientes de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) describían a las mujeres sobre quienes ejercieron actos violentos: estas fueron representadas como novias, compañeras marimachas, milicianas colaboradoras de la guerrilla, prostitutas o brujas. María Jimena encontró que dichas representaciones de la mujer eran mencionadas en las narraciones de los excombatientes según distintos contextos de significación. Esto es: “la situación en la que se encontraba el combatiente o el grupo armado, el momento de la relación entre este y la sociedad civil, la justificación del acto de violencia – ¿qué fue lo que hizo o no hizo la mujer? – y el “tipo” de mujer contra la que se cometió la agresión” (López, 2012: 68). Mediante estos aspectos o “significados” los exparamilitares “explicaban” el “tipo” de violencia cometido contra ellas.

En contraste con las representaciones verticales impuestas por los paramilitares sobre

la identidad de las mujeres, Angélica Acosta (2016) estudia cómo una mujer, habitante de una zona de control paramilitar, asume la fuerza para convertirse en agente de su propia identidad. Ella lo hace cruzando un umbral simbólico para pasar de ser sobreviviente de las AUC a “denunciante” de ese grupo y a activista reclamante de verdad y reparación en el proceso de Justicia y Paz tras su desmovilización en 2005. La trayectoria de vida de esta mujer, la fuerza y las dificultades de su tránsito, le permiten a Angélica estudiar la capacidad de sujetos para construir sus identidades personales y políticas en espacios de tensión caracterizados por la confluencia de nuevos lenguajes culturales y jurídicos como el de los derechos humanos y el terror de la violencia que aún impregna la trama social. Los nuevos lenguajes le permiten a esta mujer sobreponerse y participar activamente en la sociedad civil, construyendo espacios para la indignación colectiva y atrayendo nuevos “denunciantes” al proceso. Sin embargo, el terror que permanece latente en zonas de accionar paramilitar hace que otros habitantes se relacionen con ella de una manera ambigua: mientras la mujer resiente el juicio de su comunidad por traspasar el límite del silencio impuesto por el orden violento, también recibe solicitudes concretas para hablar por aquellos que aún no se atreven. La denuncia y el testimonio siguen siendo un “conocimiento envenenado” (Das, 2008).

Las dificultades para construir significados compartidos de la experiencia violenta también han sido objeto de estudio en las etnografías orientadas por Myriam. El trabajo de Angélica Franco (2016) sobre el duelo entre los Awá de Tumaco, quienes perdieron seres queridos a causa de minas antipersonas, indaga en las “comunicaciones imperfectas” entre quienes perdieron una parte de su cuerpo o un miembro de su grupo familiar y los funcionarios burocráticos encargados de tramitar la justicia y la reparación de las víctimas. Dichos “desencuentros semánticos” imposibilitaban una valoración común del significado particular de la muerte violenta de dichos seres queridos y, por el contrario, promovían una desvaloración de las vidas perdidas. La antropóloga exploró entonces cómo los Awa encontraron en los sueños un lugar para construir significados de la muerte violenta a través de la interacción con el propio muerto, después de que la interacción con los funcionarios se hizo imposible.

No solo las víctimas y los victimarios participan en la construcción de sentido de las experiencias de violencia. La etnografía nos ha mostrado que la violencia ocurre en contextos sociales de interacción mucho más amplios, donde actores terceros se involucran, se sienten interpelados, toman posición y se movilizan. Carolina Pabón (2016), por ejemplo, explora la construcción estética del “ñero” para describir como “indeseables” a jóvenes bogotanos empobrecidos según su atuendo, jerga y ademanes. La autora estudia la correlación entre la circulación de esta categoría entre habitantes del barrio Patio Bonito en Bogotá, y la intensificación de acciones de “limpieza social” en las que estas valoraciones se vuelven relevantes para justificar acciones criminales contra jóvenes.

Por otra parte, una misma experiencia de violencia puede ser interpretada de diferentes maneras por distintas audiencias o grupos sociales, según sus propios códigos culturales. Novelistas, cronistas, grupos teatrales y distintos colectivos de víctimas practican diversas intervenciones artísticas, movilizan arquetipos y amplían el campo de significados culturales de la sociedad colombiana para posicionarse e intervenir en la interpretación de la violencia (Patiño, 2016; Rodríguez, 2003; Sánchez, 2012). Sandra Murillo (2012) estudió cómo la comunidad francófona de Francia y Bélgica interpretó el secuestro de la candidata presidencial

colombiana Ingrid Betancourt, cometido por la guerrilla de las FARC en 2002. A través de su lectura juiciosa de prensa y de sus visitas a oficinas públicas y manifestaciones en estos países, Murillo dio cuenta de cómo esta comunidad veía en Ingrid la renovación dramática de la figura de la Marianne, símbolo de la república y de la libertad durante la revolución francesa.

Los espacios institucionales de intervención y negociación de la violencia íntima y pública también han sido foco de interés de los estudiantes dirigidos por Myriam y los demás miembros de su grupo de investigación. Conceptos y referentes culturales sobre la maternidad, la integración social, la infancia, la colonización agrícola, el honor militar, y la paz y el desarrollo les sirven al Estado como marco para interpretar, evaluar y actuar frente a la violencia (Díaz, 2016; Forero, 2016; Mahecha, 2003; Martínez, 2003; Varela y Castillo, 2012). Estos marcos de referencia culturales aparecen y se usan de diferentes maneras en discursos de políticos en medios de comunicación, en documentos de política pública diseñados por tecnócratas y en manuales de intervención puestos en práctica por profesionales que interactúan diariamente con la ciudadanía, algunas veces dejando ver aproximaciones contradictorias que muestran que ni el Estado ni la cultura son entidades monolíticas.

De Myriam aprendimos a aproximarnos a las vivencias de sujetos específicos, a rescatar su punto de vista, a comprenderlos y a discutirlos desde sus entornos de relacionamiento social y de valoración cultural, apartándonos de la búsqueda de modelos mecánicos y deterministas de la acción violenta y del sufrimiento. La huella impresa por el trabajo de Myriam nos lleva a dejar de ver la acción violenta como un síntoma natural de estructuras sociales o psíquicas previas que la determinan, o como eventos que estallan e irrumpen en cualquier tradición estructural.

En este enfoque, la categoría de *estructura*, asociada a sistemas de causalidad y determinación, es reemplazada por la categoría de *contexto* de interacción social y de significado, asociada a una comprensión más dinámica de la trama de relaciones sociales y a los recursos y valores culturales que median en la interpretación del hecho por parte de los distintos actores estudiados. Por otro lado, la categoría de *evento* violento, que evoca la irrupción momentánea del discurrir ordenado de la historia desde una perspectiva distante, se complejiza al preguntarse por la experiencia de esos eventos violentos. Estas experiencias pueden ser subjetivas o colectivas y se integran de manera orgánica y constitutiva en la perspectiva propia de los actores y en sus procesos cotidianos de construcción y reconstrucción del mundo social.

La etnografía de las experiencias nos ha mostrado que la violencia y el sufrimiento ocurren en contextos complejos, arbitrarios, inestables y flexibles. Aquí, el contexto de significación y la experiencia interactúan y se coproducen de manera permanente. Si bien es difícil predecir el estallido violento bajo este esquema, sí es posible comprender sus significados y efectos particulares en la trama de interacciones sociales. Al percibir a los sujetos como agentes de la significación, nuestro esfuerzo por prevenir la violencia no consiste en estrategias de intervención en la estructura psíquica o social, sino en mostrar los caminos por los que los actores propician mayor solidaridad con las víctimas, resistencia al abuso, y mayor indignación hacia el agresor. Esto nos compromete a trabajar como *antropólogos ciudadanos* —en palabras de Myriam (2007)— para fortalecer esos caminos.

Experimentos etnográficos

La etnografía, como forma de aproximación directa y crítica al punto de vista de los actores sociales, ha sido el eje metodológico del trabajo de Myriam Jimeno y de su grupo de investigación. Al volver a las investigaciones recogidas en los tres tomos de la serie “Etnografías Contemporáneas”, resulta evidente el camino común seguido por los etnógrafos del GCSV para orientar y concretar esta aproximación no determinista a las experiencias de violencia y a los contextos de relaciones sociales y significados culturales en los que estas ocurren. Los alumnos de Myriam aprendimos, discutimos y perfeccionamos este método común tanto en los cursos que ella impartía en el programa de antropología, en sus seminarios de tesis donde confluíamos estudiantes de pregrado, maestría y doctorado, así como en las reuniones periódicas del GCSV en el Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, donde compartíamos con egresados e investigadores externos.

El camino trazado por Myriam, el cual hemos recorrido y descubierto junto a ella quienes participamos en su grupo de investigación, parte de identificar eventos concretos que un grupo específico de personas considera violentos o causantes de sufrimiento. Al reconstruir el mapa de relaciones y el tipo de interdependencias sociales en las que están inmersas esas personas, buscamos enfocarnos en la manera en que estos sujetos, u otros en esa trama, experimentan y narran el evento de violencia. También en las prácticas en las que dicho relato se pone de manifiesto en la escena social: las motivaciones para hacerlo, las posiciones que se adoptan, las alianzas que se construyen y las acciones sociales que se movilizan. El método etnográfico permite no tener que escoger entre o bien enfocarnos en las acciones observables en torno a la experiencia de violencia, o bien en los marcos cognitivo-emocionales mediante los cuales estos sujetos interpretan el mundo. Al contrario, el enfoque holístico de la etnografía se nos presenta como un campo de experimentación para explorar y probar distintas maneras en que estos dos ámbitos se articulan, o no, en la configuración de las experiencias y los contextos estudiados.

Las estrategias etnográficas para documentar las prácticas y relatos que se desarrollan en torno al evento violento son diversas. Un énfasis especial se pone en las narrativas utilizadas por distintos actores sociales para contar y dar sentido al evento, deteniéndonos en la lógica mediante la cual se explican las causas y consecuencias de los acontecimientos, así como en la concatenación de las acciones de los protagonistas. Sin embargo, el análisis de estas narrativas trasciende lo discursivo y lo formal, y se detiene en las prácticas que involucran dichas narrativas y sus efectos en la producción y reproducción del mundo social en contextos determinados. La convivencia con los actores durante largas temporadas de trabajo de campo, son fundamentales para comprender la importancia y el efecto social de estas narrativas más allá de su lógica interna.

Lo emocional impregna intensamente cualquier experiencia de violencia, tanto en el momento mismo de la agresión y el sufrimiento como en las narrativas que se ponen en práctica posteriormente para darle sentido. Las emociones aquí son entendidas como vivencias localizadas y no predisposiciones universales. Son lenguajes particulares en el que ocurren muchas de las transacciones y actos comunicativos entre víctimas, victimarios y audiencias. Las técnicas clásicas de la etnografía, tales como la observación participante y la entrevista, así como cualquier otra más experimental, requieren que el investigador trabaje en crear

conexiones afectivas con los sujetos estudiados para aprender el lenguaje emocional propio de cada contexto. Describir y comprender la experiencia emocional de estos sujetos, pasa por una reflexión del investigador sobre su propia experiencia emocional en la interacción con ellos, y la manera como sus propias emociones se enraízan en esos contextos particulares de significación y valoración moral.

Las narrativas más complejas y ricas en significado no siempre surgen en entrevistas formales, grabadas en las mejores condiciones, ni en talleres bien diseñados para la elaboración colectiva de cartografías sociales o de líneas de tiempo. Casi siempre es necesaria la construcción previa de confianza con los actores, lo cual pasa por el acompañamiento y la convivencia prolongada en actividades cotidianas, imprescindibles para entender el contexto del que se alimentan y en el que actúan dichas narrativas. Muchas otras veces surgen en contextos específicos de práctica social, no inducidas por la pregunta del investigador, sino por emociones y estímulos propios del mundo social en el que viven los sujetos. Estar ahí, en el momento y lugar indicados, y con la sensibilidad adecuada para leer el contexto y entender el sentido de la narrativa emocional se convierte en una condición esencial para la investigación. La etnografía de la violencia requiere un trabajo de campo particular, que comprometa más intensamente la corporalidad, los sentimientos y los afectos del investigador, para poder situarse en el contexto semántico emocional en el que viven los actores. Solo esto hace posible una comprensión completa del fenómeno.

Bien sea en el diseño previo de talleres o cuestionarios de entrevista y observación, o en el proceso posterior de sistematización de diarios y materiales de campo, nuestro análisis de las narrativas sobre eventos de violencia se enfoca en la descomposición de estas en tres aspectos o preguntas independientes:

(1) ¿Qué hicieron? Nos interesamos por describir las acciones concretas y observables de los sujetos, así como la manera en que ellos describen sus actuaciones relativas a la experiencia de violencia. Hay una atención especial a las prácticas y transacciones que ocurren en la vida cotidiana de los actores y no solo a las grandes acciones dramáticas y más visibles en torno al evento violento.

(2) ¿Qué pensaron? Indagamos en los elementos cognitivos que se despliegan en la interpretación y la construcción de sentido del relato de la experiencia, deteniéndonos en la lógica causal que explica y contextualiza el evento violento, así como en las respuestas y reacciones que se produjeron ante él.

(3) ¿Qué sintieron? Finalmente, nos preguntamos específicamente por la conexión emocional y afectiva que el sujeto entabla con el evento violento, como elemento constitutivo y central de la aproximación cognitiva mediante la cual los sujetos explican y construyen el sentido de la experiencia violenta.

Estas tres dimensiones están presentes tanto en el diseño de la investigación, en las guías de observación en campo y en los cuestionarios de entrevista semiestructurada, como en las categorías seleccionadas para clasificar, sistematizar y analizar los datos recogidos.

El enfoque no determinista desarrollado por Myriam para estudiar la violencia parte de la idea de que no existe una jerarquía analítica entre estos tres aspectos y que, por ende, ninguno de ellos determina a los demás. Por el contrario, estos pueden articularse entre sí de maneras particulares e impredecibles. Las etnografías realizadas por el GCSV experimentan

con diferentes aproximaciones a estos tres aspectos, buscando develar claves culturales que articulan o, en algunos casos, impiden la articulación entre prácticas sociales y marcos cognitivo-emocionales. Al preguntarnos por las interacciones personales implicadas en cada forma particular de articulación, nos damos cuenta de los contextos de significación social más amplios de la narrativa, con lo cual terminamos conectando las experiencias concretas del sujeto con los contextos de significación y las relaciones sociales más amplias.

A continuación, describiré dos ejemplos de proyectos de investigación en los que participé y en los que se aplicó este método de experimentos etnográficos de articulación o no articulación de prácticas sociales y marcos cognitivo-emocionales en torno a dos experiencias distintas de violencia: la masacre y desplazamiento forzado ejercida por paramilitares en contra de una comunidad indígena y la estafa y abuso laboral de una corporación minera en contra de trabajadores y sus familias.

Kitek Kiwe: después de la masacre

Un ejemplo de exploración etnográfica sobre la articulación entre acciones, pensamiento y emociones en torno a experiencias de violencia es la investigación dirigida por Myriam Jimeno en la comunidad nasa Kitek Kiwe, en la que la antropóloga Ángela Castillo y yo participamos y nos entrenamos como jóvenes coinvestigadores. En abril de 2001, los habitantes de la cuenca del río Naya fueron víctimas de una masacre paramilitar y de desplazamiento forzado. Un grupo de 67 familias refugiadas en albergues fuera de la región se organizó y emprendió acciones civiles y jurídicas para conseguir que el Estado les asignara una nueva tierra en Timbío, al interior del Cauca andino. A este nuevo sitio ellos lo llamaron Kitek Kiwe, *tierra floreciente* en lengua nasa. Allí, iniciaron la recomposición de sus lazos comunitarios y de su capacidad ciudadana junto a los movimientos indígenas y de víctimas en Colombia (Jimeno *et al.*, 2015).

Entre 2008 y 2013, Myriam, Ángela y yo acompañamos a esta comunidad en su proceso de recomposición comunitaria y de organización civil, visitando Kitek Kiwe varias veces al año. Ellos nos abrieron las puertas de su comunidad y compartieron con nosotros sus perspectivas sobre el trauma emocional y el proceso de recuperación. Al mismo tiempo, ellos también participaron de la investigación, incluyendo objetivos propios relacionados con las memorias de la masacre y de la vida perdida en el Naya. Juntos produjimos una cartilla y un video documental que sirvieron tanto para fortalecer el proceso de organización interna como para denunciar a los perpetradores de la masacre en los procesos judiciales (Jimeno *et al.*, 2011; Tattay, 2012).

Durante nuestras temporadas de campo participamos y documentamos acciones cotidianas mediante las cuales los habitantes de Kitek Kiwe se reinventaban como comunidad. Por ejemplo, sembramos caña y desmalezamos cafetales en las mingas o trabajos colectivos, una tradición andina que retomaron para fomentar la producción en las parcelas agrícolas familiares. También trabajamos con los maestros de la escuela comunitaria, proponiendo y adelantando actividades que ellos supieron integrar en los currículos con contenido político para preservar su memoria como víctimas y fortalecer la identidad indígena. Nuestro involucramiento emocional con la mayoría de los habitantes de Kitek Kiwe fue intenso, especialmente con Lisinia Collazos, la líder comunitaria que perdió a su pareja y al padre de sus hijos en la masacre, y que nos

hospedaba en su casa durante nuestras visitas recurrentes. Ella nos dejó acercarnos al proceso íntimo de recrear su hogar con una nueva pareja, las tensiones que esto trajo con otros líderes de la organización, y la manera de alivianarlas en un ritual de matrimonio inventado por ellos mismos de cuya celebración hicimos parte.

Adicionalmente, realizamos entrevistas en profundidad con mujeres y hombres de la comunidad, indagando en lo que hicieron, pensaron y sintieron en torno a la masacre y el proceso de recomposición. Observamos cómo dicha narrativa se unificaba, se hacía colectiva y se ponía de manifiesto en escenarios públicos, como marchas en las principales ciudades, reuniones con funcionarios del Estado y de la cooperación internacional, audiencias judiciales del proceso contra los perpetradores de la masacre, así como en reuniones del movimiento indígena y de organizaciones nacionales de víctimas. Sobre todo, en las conmemoraciones que la comunidad organizaba cada abril para recordar y denunciar los hechos de la masacre, evento al que suelen invitar entidades internacionales, estatales y de la sociedad civil.

Nos llamó la atención la eficacia simbólica de estas conmemoraciones para comunicar esa narrativa pública sobre el hecho de violencia. Mediante estos rituales anuales, los habitantes de Kitek Kiwe desplegaban una poderosa capacidad creativa para expresar dicha narrativa de maneras siempre distintas, con el objetivo de reforzar sus vínculos comunitarios y darla a conocer a los participantes que no formábamos parte del grupo. Ingeniosamente, las puestas en escena incluían representaciones del evento, caracterización de personajes, pinturas, pancartas, consignas, cantos, instalaciones, recorridos por el territorio y dinámicas lúdicas que nos incluían e interpelaban a todos los asistentes.

Así, este trabajo de campo nos permitió ver una comunidad que se reinventaba a través de pequeñas acciones cotidianas e íntimas que fortalecían la trama social fracturada, así como de acciones públicas que buscaban hablar a amplios sectores de la sociedad colombiana. Ambos tipos de acciones eran alentadas por una narrativa compartida sobre el hecho de violencia.

Dos ejes simbólicos sostenían esta narrativa, proporcionaban las claves para interpretar el sentido de la violencia y orientaban las acciones de recomposición emprendidas por los habitantes de Kitek Kiwe. El primer eje era la política étnico-cultural retomada del discurso del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), organización social que les ofreció apoyo y asesoría desde el mismo momento de la masacre. La conexión con el discurso político del CRIC les permitía construir un marco común de significado que explicaba la masacre y su proceso de reconstrucción comunitaria en el contexto de una historia mucho más amplia del genocidio étnico y de la resistencia indígena desde el descubrimiento de América. El segundo eje era la apropiación de la categoría “víctima” como constructo cultural, promovida por distintas organizaciones nacionales e internacionales desde la segunda mitad del siglo XX y con gran resonancia en la política pública colombiana durante las últimas décadas. Asumir esta identidad en su narrativa les permitía apropiarse del lenguaje de los derechos humanos para reclamar verdad, justicia y reparación, y así interpelar al Estado en la escena pública.

La construcción de este contexto de significado fue tanto estructural porque se valió de valores culturales previos como la identidad indígena, así como coyuntural, ya que emergió vinculada a la experiencia específica de la masacre del Naya y la victimización provocada. Notamos que el poder de estos dos ejes radicaba en su capacidad para movilizar afectos y ordenar el intrincado clima emocional que acompañaba la experiencia de quienes sufrieron

la masacre y el desplazamiento. Sentimientos de pertenencia cultural al grupo indígena y de indignación humana contra el acto de violencia les permitían a los habitantes de Kitek Kiwe generar conexiones con sus vecinos, con otros indígenas del Cauca, y con amplios sectores de la sociedad colombiana. Este proceso lo llamamos construcción de comunidades emocionales, y descubrimos que era ahí donde los actores potenciaban su capacidad para proyectar el contexto de su narrativa y hacer que su experiencia de violencia pasara a tener significado social.

Andagoya: desindustrialización y crisis minera

Ahora bien, la experimentación etnográfica a veces nos lleva a explorar casos en los que la acción, el pensamiento discursivo y la narrativa emocional encuentran límites para articularse y terminan perpetuando situaciones de violencia o de sufrimiento. Estudié un ejemplo de esto en mi tesis de maestría en antropología de la Universidad Nacional de Colombia, titulada “Los saberes del monte: desindustrialización, crisis minera y reinvención campesina en Andagoya, Chocó (1973-1991)”² (Varela, 2014; ver también Varela, 2016).

En este caso, el evento traumático que investigué fue la quiebra de la compañía Mineros del Chocó y la jugada fraudulenta del grupo financiero Gran Colombiano contra el grupo de trabajadores residentes en el campamento minero de Andagoya. En 1973, este grupo financiero compró a buen precio el conjunto de compañías auríferas integradas en la firma extranjera International Mining Corporation, con presencia en los departamentos de Chocó, Nariño y Antioquia. Mientras los yacimientos metalíferos de Antioquia seguían siendo productivos y proyectaban un futuro rentable, las minas en la cuenca del Pacífico habían dejado de serlo por falta de exploración de nuevos depósitos, por la baja inversión en tecnología y mantenimiento, y por el crecimiento del pasivo pensional. La estrategia del grupo Grancolombiano para salvar su inversión consistió en dividir las compañías en empresas independientes, liquidar la empresa de Nariño, trasladar las mejores dragas de extracción de oro a la zona de Antioquia y concentrar la nómina y el pasivo pensional en la empresa de Chocó. Así, le ofrecieron al sindicato de trabajadores afrodescendientes del Chocó la venta de la firma Mineros del Chocó a cambio de sus prestaciones sociales y salarios adeudados, ocultándole información sobre el estado financiero real de la empresa. Una clara acción de violencia y despojo contra una clase trabajadora negra.

Viajé al pueblo de Andagoya en 2011 para vivir y realizar trabajo de campo etnográfico junto a los extrabajadores de esta empresa y sus familias. Ellos aún vivían en las ruinas de este viejo campamento minero, construido por la compañía norteamericana a comienzos del siglo XX. Con machete, aún limpiaban los viejos fierros, bodegas y talleres que amenazaban con ser devorados por la selva desde la década de 1980, cuando las dragas dejaron de funcionar y la empresa fue declarada en bancarrota. Mi diseño metodológico retomó el esquema aprendido con Myriam y el GCSV para aproximarme a un hecho traumático como este. Me pregunté, por un lado, por las acciones emprendidas por la comunidad de obreros y sus familias para recuperarse de la quiebra y rehacer su vida económica, y por otro, por los esquemas cognitivos mediante los cuales narraban y daban sentido a su experiencia de despojo y crisis. También, me pregunté por el lugar de las emociones en estas narrativas. Así, diseñé modelos semiestructurados de

2 Trabajo dirigido por el profesor Jaime Arocha

entrevista para conversar con los extrabajadores y recoger su perspectiva sobre lo que hicieron, pensaron y sintieron frente al evento de crisis y despojo. Esto lo complementé con guías de observación y encuestas productivas para entender la reconexión de estos extrabajadores con la vida campesina del Chocó y con sus sistemas de minería artesanal y de agricultura en la selva húmeda.

En un principio, los trabajadores celebraron haber alcanzado la propiedad de la empresa como un triunfo del movimiento social que lideraron y como la concreción de su principal reclamo: “¡el oro para los chocoanos!”. Los obreros de la empresa y habitantes de las zonas con presencia de la compañía habían repetido esta consigna desde 1919, reivindicando: (1) un sentimiento regionalista en contra del estado central que había entregado concesiones mineras a extranjeros, (2) una crítica contra el apartheid racista implementado por la empresa norteamericana en el campamento de Andagoya, y (3) reclamos sindicales por la democratización de las ganancias mineras. Esta consigna esbozó un esquema de pensamiento político que acompañó las negociaciones con el grupo financiero Grancolombiano, realizadas sesenta años después. Esto hizo que el control de la firma, alcanzado por el sindicato en esas negociaciones, fuera interpretado como la consolidación de ese sueño de democratización minera en la región.

Sin embargo, el sueño duraría poco. Tan solo unos meses después de la negociación, la empresa se vio obligada a declararse en bancarota y fue intervenida por el gobierno nacional. Los habitantes de Andagoya no solo vivieron el desencanto con el proyecto de colectivización empresarial, sino también la peor crisis económica y social que recuerdan. El discurso de reivindicación política que había orientado la acción sindical dio paso a una narrativa emocional de desdicha racial, en la que los trabajadores se responsabilizaban de la quiebra de la empresa, argumentando que habían seguido la “idea absurda” de convertirse en empresarios siendo un grupo de personas negras. Uno de ellos recordó la época de la crisis así:

La crisis vino porque aquí la raza morena no estaba capacitada para manejar una empresa de tal envergadura. La empresa fue como una canoa que usted va dejando llenar de agua hasta que se hunde, y entonces es muy difícil sacarla. Cuando esa crisis, yo me sentí bastante mal. La única esperanza que teníamos era esa empresa. Yo me sentí bastante adolorido por lo que había sucedido, porque no fuimos capaces de sacarla del agua, porque los negros solo sabemos del monte. (Entrevista a Pio Quinto Vázquez, abril 2011)

En contraste con esta narrativa emocional de desdicha, las acciones de los trabajadores y sus familias dan muestra de una tremenda capacidad de agencia para reponerse de la crisis económica y del despojo. Mediante lazos familiares y de solidaridad, los extrabajadores supieron reconectarse rápidamente con las economías campesinas, con los saberes agrícolas y con la explotación de minas artesanales de oro. La maleabilidad que mostraron los trabajadores al pasar de obreros a campesinos demostraba, para mí, un gran éxito adaptativo de la sociedad afrocolombiana del Chocó. Sin embargo, la narrativa de desdicha racial desvaloraba esta práctica como un destino atávico de la gente negra: “porque los negros solo sabemos del monte”.

A diferencia del caso de Kitek Kiwe estudiado en el Cauca, lo que observé en Andagoya fue una desarticulación entre el esquema de pensamiento político de reivindicación social, la narrativa emocional de desdicha racial por el destino atávico de la gente negra, y las acciones

exitosas de recuperación económica de la vieja clase obrera. La violenta crisis capitalista que experimentaron los trabajadores de la firma Mineros del Chocó sirvió para que estos finalmente internalizaran la estructura de dominación racial a la que habían hecho resistencia durante 60 años de segregación racial impuesta por la compañía, y restaran valor a la eficiencia de los sistemas campesinos afrodescendientes del Chocó.

La etnografía, como aproximación a la violencia, permite experimentar analíticamente e imaginar múltiples maneras en que los esquemas cognitivo-emocionales y las prácticas humanas se articulan, mostrándonos que la interacción entre la experiencia traumática de violencia y los contextos culturales y sociales es particular y diversa. Esto se debe a que dichos contextos son complejos, arbitrarios, inestables y flexibles, por lo que un enfoque determinista centrado en modelos mecánicos para predecir la violencia y sus respuestas no resulta adecuado. La senda abierta por Myriam en la antropología colombiana y seguida por sus estudiantes y su grupo de investigación nos invita a experimentar con distintas maneras en que la experiencia de violencia se conecta con estos contextos de significación. Su enfoque metodológico se centra en la apertura afectiva del investigador para participar del lenguaje emocional que impregna las acciones comunicativas en estos contextos. Esta aproximación no determinista ha abierto nuevas comprensiones sobre la violencia, sus significados particulares y los caminos de recuperación y resistencia implementados por comunidades de víctimas. Crear formas para participar y trabajar en el fortalecimiento de estos caminos es el llamado ético y político que se desprende del ambicioso proyecto de investigación impulsado por Myriam Jimeno.

Bibliografía

- Acosta, Angélica. 2016. “Yo sabía que ser denunciante me iba a cambiar la vida”. En: Myriam Jimeno; Carolina Pabón; Daniel Varela e Ingrid Díaz (eds.) *Etnografías contemporáneas III: las narrativas en la investigación antropológica*. pp. 299-326. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Comisión de Estudios sobre la Violencia. 1987. *Colombia: violencia y democracia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Colciencias.
- Das, Veena. 2008. “El acto de presenciar: violencia, conocimiento envenenado y subjetividad”. En: Francisco Ortega (ed.) *Veena Das: Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. pp. 217-250. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia y Pontificia Universidad Javeriana.
- Díaz, Ingrid. 2016. “Colonización sin hacha: narrativas estatales sobre la región, naturaleza y desarrollo de la altillanura colombiana”. En: Myriam Jimeno; Carolina Pabón, Daniel Varela e Ingrid Díaz (eds.) *Etnografías contemporáneas III: las narrativas en la investigación antropológica*. pp. 191-216. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Forero, Ana María. 2016. “La invención del orden en las narrativas del Ejército Nacional de Colombia”. En: Myriam Jimeno; Carolina Pabón; Daniel Varela e Ingrid Díaz (eds.) *Etnografías contemporáneas III: las narrativas en la investigación antropológica*. pp. 149-166. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Franco, Angélica. 2016. “Narrativas oníricas en el pueblo awá: prácticas para la transacción del dolor en territorios minados”. En: Myriam Jimeno; Carolina Pabón; Daniel Varela

- e Ingrid Díaz (eds.) *Etnografías contemporáneas III: las narrativas en la investigación antropológica*. pp. 327-350. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Góngora, Andrés; Martínez, Marcos; Rivera, Claudia y Rodríguez, Manuel (eds.). 2003. *Etnografías contemporáneas I: otros sujetos, otras aproximaciones en la labor antropológica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, Myriam. 2004. *Crimen pasional: contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia
- Jimeno, Myriam. 2006. *Juan Gregorio Palechor: historia de mi vida*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Universidad del Cauca y Concejo Regional Indígena del Cauca (CRIC).
- Jimeno, Myriam 2007. "Tensiones y configuración de estilos en la antropología sociocultural colombiana", *Revista Colombiana de Antropología* 43: 9-32.
- Jimeno, Myriam, 2019. *Cultura y violencia: hacia una ética social del reconocimiento*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, Myriam y Triana Antorveza, Adolfo. 1985. *Estado y minorías étnicas en Colombia*. Bogotá: Fundación para las Comunidades Colombianas.
- Jimeno, Myriam; Pabón, Carolina; Varela, Daniel y Díaz, Ingrid (eds.). 2016. *Etnografías contemporáneas III: las narrativas en la investigación antropológica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, Myriam; Varela, Daniel y Castillo, Angela. 2015. *Después de la masacre: emociones y política en el Cauca indio*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) y Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, Myriam; Roldán, Ismael; Ospina, David; Jaramillo, Luis E.; Chaparro, Sonia y Trujillo, John. 1996. *Las sombras arbitrarias: Violencia y autoridad en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, Myriam; Roldán, Ismael; Ospina, David; Jaramillo, Luis E.; Chaparro, Sonia y Trujillo, John. 1998. *Violencia cotidiana en la sociedad rural: en una mano el pan y en la otra el rejo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia
- Jimeno, Myriam; Güetio, José Leandro; Castillo, Ángela y Varela, Daniel. 2011. *Kitek Kiwe. Reasentamiento del Naya: nuestra memoria*. Bogotá: Cabildo Indígena Nasa Kitek Kiwe y Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, Myriam; Murillo, Sandra L. y Martínez, Marco J. (eds.). 2012. *Etnografías contemporáneas II: trabajo de campo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- López, María Jimena. 2012. "Orden paramilitar y violencia contra las mujeres. Apuntes de un análisis sociocultural". En: Myriam Jimeno; Sandra Murillo y Marco Martínez (eds.), *Etnografías contemporáneas II. Trabajo de campo*. pp. 45-72. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Mahecha, Ana María. 2003. "Protección institucional al niño maltratado". En: Andrés Góngora; Marco Martínez; Claudia Rivera y Manuel Rodríguez (eds.) *Etnografías Contemporáneas I. Otros sujetos, otras aproximaciones en la labor antropológica*. pp. 99-120. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Martínez, Marco. 2003. "Paz, modernidad y desarrollo en la construcción de la identidad nacional colombiana: El gobierno de Andrés Pastrana". En: Andrés Góngora; Marco

- Martínez; Claudia Rivera y Manuel Rodríguez (eds.) *Etnografías Contemporáneas I. Otros sujetos, otras aproximaciones en la labor antropológica*. pp. 121-148. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Murillo, Sandra. 2012. "Una heroína sobre la red". En: Myriam Jimeno; Sandra Murillo y Marco Martínez (eds.) *Etnografías contemporáneas II. Trabajo de campo*. pp. 209-240. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ortiz, Carlos Miguel. 1994. "Historiografía de la violencia". En: Bernardo Tovar, (ed.) *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. pp. 371-423. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia
- Pabón, Ingrid Carolina. 2016. "Narrativas de desprecio: el sujeto 'ñero' y la 'limpieza social' en Bogotá". En: Myriam Jimeno; Carolina Pabón; Daniel Varela e Ingrid Díaz (eds.) *Etnografías contemporáneas III: las narrativas en la investigación antropológica*. pp. 217-238. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Patiño, Juan Carlos. 2016. "Los sujetos testimoniales en la obra *Trochas y fusiles. Historias de combatientes* de Alfredo Molano". En: Myriam Jimeno; Carolina Pabón, Daniel Varela e Ingrid Díaz (eds.), *Etnografías contemporáneas III: las narrativas en la -investigación antropológica*. pp. 81-100. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez, Manuel Alejandro. 2003. "El representado no representado, o el sujeto gay en la novela *Al diablo la maldita primavera*". En: Andrés Góngora; Marco Martínez; Claudia Rivera y Manuel Rodríguez (eds.), *Etnografías Contemporáneas I. Otros sujetos, otras aproximaciones en la labor antropológica*. pp. 171-198. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez, Ana Mercedes. 2012. "La memoria en escena y el movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado". En: Myriam Jimeno; Sandra Murillo y Marco Martínez (eds.), *Etnografías contemporáneas II. Trabajo de campo*. pp. 73-98. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Tattay, Pedro Pablo. 2012. *Kitek Kiwe: nuestra memoria*. Video documental. Polimorfo.
- Varela, Daniel. 2014. *Los saberes del monte Desindustrialización, crisis y reinención campesina en Andagoya, Chocó (1974-1991)*. Trabajo de grado maestría en antropología social. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Varela, Daniel. 2016. "Desindustrialización, crisis y raza: narrativas de desdicha entre los trabajadores de la Compañía Minera Chocó Pacífico". En: Myriam Jimeno; Carolina Pabón, Daniel Varela e Ingrid Díaz (eds.) *Etnografías contemporáneas III: las narrativas en la investigación antropológica*. pp. 191-216. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Varela, Daniel y Ángela Castillo. 2012. "Etnografía en procesos de intervención social: reflexiones metodológicas". En: Myriam Jimeno; Sandra Murillo y Marco Martínez (eds.), *Etnografías contemporáneas II. Trabajo de campo*. pp. 241-276. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.